

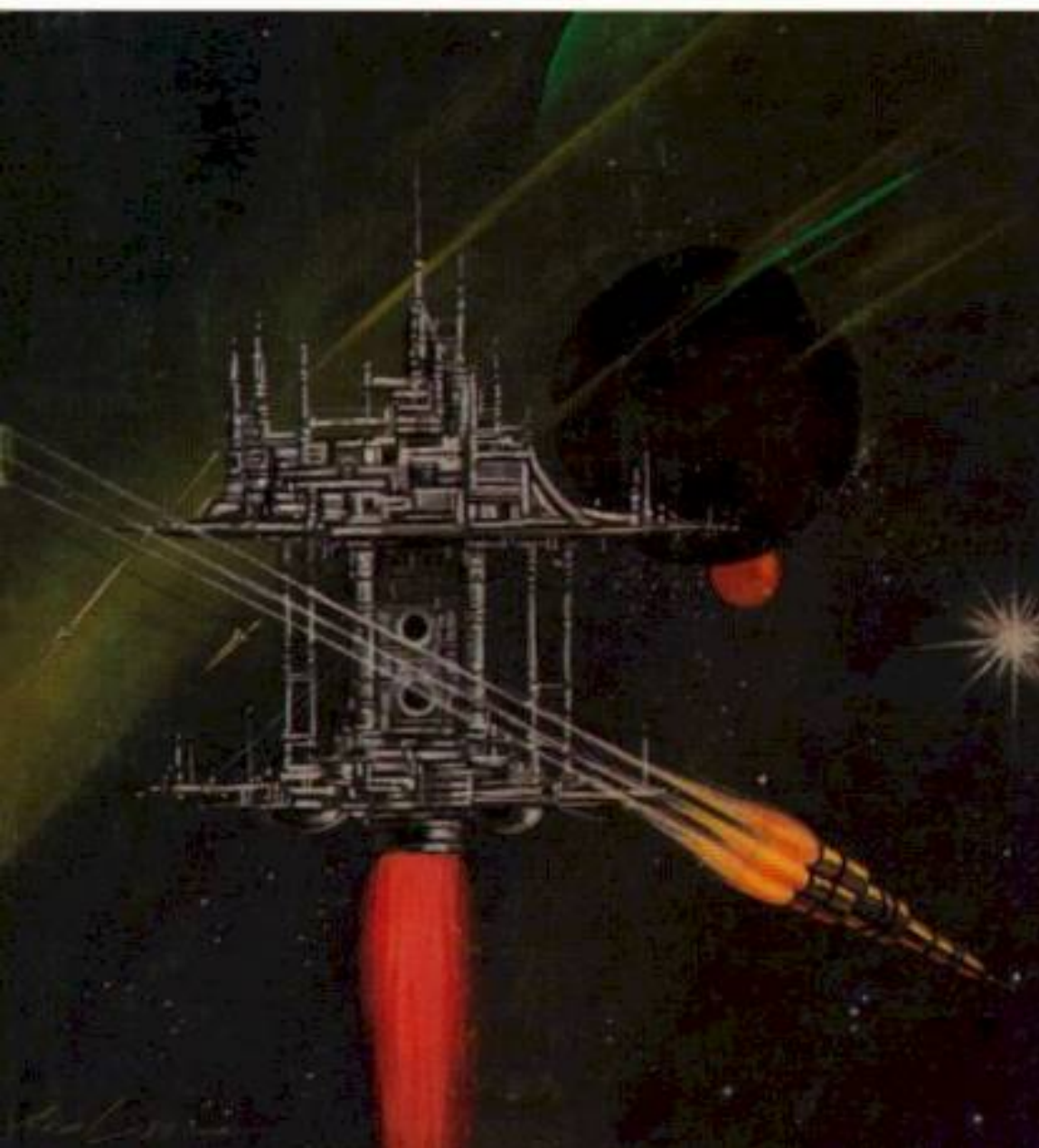
La
conquista
del
ESPACIO

BOLSILIBROS

UN AGUJERO EN EL ESPACIO

A. Thorkent

CIENCIA FICCION



Hunt Logan y Ordo, dos avezados pilotos estelares y propietarios de la naciente compañía Transtar, son contratados por una pareja de científicos para realizar una misión de exploración privada en una zona muy poco explorada. Aceptaron realizar el viaje, la paga era extraordinariamente generosa y necesitaban el dinero para cubrir sus numerosas deudas.

Todo parecía ir bien hasta que el destino del viaje los acercó a un masivo agujero negro. Los científicos se sentían confiados, ellos... no tanto.

CAPÍTULO PRIMERO

Cuando Ordo entró en el camarote de Hunt Logan lo encontró leyendo por décima vez el contrato.

—¿Es que aún no te lo has aprendido de memoria? —preguntó de mala gana.

Hunt le devolvió una mirada funesta.

—Sabes perfectamente que desde hace dos días estoy tratando de encontrar una forma legal para anularlo sin que nos arruinen por incumplimiento.

Ordo se sentó pesadamente frente a su amigo y socio. De entre su abundante barba asomó una sonrisa pícaro.

—¿Y has tenido esa suerte?

—No —replicó Hunt resoplando. Se restregó los ojos, cansados—. Y sabes bien que lo lamento.

Su gigantesco interlocutor movió la cabeza.

—Hunt, Hunt, por los dioses. ¿Cómo podría convencerte que este será el mejor negocio que habremos hecho en nuestras míseras vidas?

—Me gustaría pensar como tú.

—Pues es fácil. Ten siempre presente que cuando este asunto haya terminado nos habremos embolsado cinco millones de créditos. ¡Y esta maravillosa nave, la magnífica «Polifemo», será completamente nuestra!

Hunt agitó los papeles delante de la nariz de Ordo.

—Precisamente por esa enorme suma de dinero que están dispuestos a pagarnos tus clientes...

—Clientes de los dos —le recordó rápidamente.

—Realmente son tuyos, amigo. Tú los hallaste o ellos te encontraron a ti y tú firmaste estos papeles. Quería decir

que no me deja dormir tratando de imaginarme qué aspecto sucio existe detrás de estas líneas que forman las endemoniadas cláusulas.

—¡No hay nada ilegal, querido amigo! —exclamó Ordo abriendo los brazos.

—Con una densa palabrería de leguleyo de poco fiar nos han atado, Ordo.

—Si insinúas que nos piden algo más de lo normal debes pensar que es lógico teniendo en cuenta la cantidad de dinero que nos pagarán.

—Seguro. Es diez veces más de lo que vale nuestro servicio.

Ordo agitó la cabeza, como si estuviese cansado de intentar calmar a su compañero.

—Mira las cosas como son, Hunt. Este trabajo nos hará sentirnos tranquilos, pagaremos nuestras deudas y nuestra incipiente compañía, la Transtars, tendrá un sólido crédito. Cuando nuestros banqueros cobren hasta el último crédito se desvivirán por darnos más préstamos. En poco tiempo tendremos más naves y varios navegantes que trabajarán para nosotros...

—Déjate de soñar despierto —le miró fijamente—. ¿Sabes tú realmente hacia qué lugar de la galaxia nos dirigimos?

—¡Pues claro! ¿Es que te figuras que soy un imbécil?

—No me entiendes. Ordo, allí no hay nada.

—¿Nada? —el gigante frunció el ceño—. ¿Cómo lo sabes?

—Porque me he pasado tres horas de mi sueño repasando en el computador todos los datos que tenemos de esa zona, revisando los mapas estelares y allí, en donde surgiremos del hiperespacio no hay nada. Al menos no existe ninguna estrella en un pársec de diámetro. ¿Para qué quieren ir esos locos allí?

Ordo se movió un poco inquieto.

—Demonios, Hunt, no había pensado en eso... Yo... Bueno, tal vez haya allí algún planeta todavía desconocido...

—No. Me he asegurado bien. Esa zona está desprovista de soles y lo suficientemente explorada como para que nadie sienta curiosidad en recorrerla. ¿No te parece extraño?

—No mucho, la verdad. Pudiera ser que ese viejo y su hija sean científicos y deseen realizar allí algunas mediciones... ¿Qué sé yo? De todas formas saldremos de dudas dentro de poco, ¿no?

—Sí, así es. Según las instrucciones entregadas por el señor Lazaga saldremos del hiperespacio dentro de treinta horas. Entonces sabremos cuáles son sus verdaderas intenciones.

—Eso está claro, Hunt. Según el contrato tenemos que ir al lugar donde ellos nos señalarán en un determinado punto del espacio. Allí desembarcaremos la mercancía que transportamos. Nada más.

—¿Nada más? —Hunt golpeó con un dedo los papeles—. Hay más, piloso amigo. Existe una cláusula que nos obliga a permanecer donde ellos nos digan que debemos desembarcar la mercancía el tiempo preciso, hasta un límite de tres semanas.

—Pero también habrás leído que durante ese tiempo percibiremos cien mil créditos por día —sonrió triunfador Ordo—. Si estamos tanto tiempo serán más de dos millones más. Y aún podemos prolongar nuestra espera, según consta en contrato, durante otros veinte días, pero con un aumento del cien por cien. Imagínate que estamos en ese lugar, una vez desembarcada la mercancía, cuarenta días. ¿Te puedes imaginar el dinero?

—Claro que sí. Pero mi pregunta es: ¿dónde tenemos que esperar?

—Demonios, Hunt. ¿Qué importa un lugar u otro? Será, por supuesto, un planeta. Ellos no irán a meterse dentro de una estrella, ¿no? Ya sabes como son los científicos... Todos

unos chiflados temerosos de que algún colega les pise una investigación.

—¿Por qué supones que son científicos?

—Porque no soy tan tonto como tú piensas —sonrió Ordo—. El viejo Jonas Lazaga es profesor en galactología y su chica, Rebeca, creo que también es algo importante. Pero hombre, ¿por qué eres tan receloso?

—Échale la culpa a mi instinto. Es demasiado dinero y todo está algo oscuro. Si yo hubiese estado cuando esa pareja te buscó y contrató me habría negado en redondo.

—Afortunadamente tú estabas de gira al otro lado del planeta Altear y no echaste a perder el fabuloso negocio —rio Ordo.

—Al menos lo hubiese pensado más detenidamente.

Ordo se levantó pesadamente. Hizo un gesto como si ya estuviese cansado de intentar calmar a su compañero de cuan infundadas eran sus preocupaciones.

—Tómate una ducha y descansa un rato. Yo me voy al puente de mando. Aunque esta nave es casi totalmente automática es mi turno de guardia. No te olvides de que te toca dentro de ocho horas. Al computador hay que vigilarlo de vez en cuando.

Salió del camarote gruñendo y Hunt, cuando se hubo quedado solo, emitió una sonrisa. Cruzó los brazos y pensó que tal vez su amigo tenía razón y él estaba viendo fantasmas en exceso. ¿Acaso era porque aquel gigantón de poco seso y corazón de niño había conseguido un negocio tan extraordinario que a él se le antojaba como una sutil trampa? Aunque Ordo no lo había ni siquiera insinuado, era posible que su socio terminase pensando que él se sentía celoso, si insistía tanto en ver algo malo donde aparentemente no había nada anormal.

Cogió el contrato y lo paseó delante de sus ojos. Sí, tenía que admitir que había algo extraño en parte de su contenido, pero tal vez el exceso de detalles en algunas cláusulas y vaguedades en otras solo se debía a una redacción

producto de alguien no muy ducho en aquel tipo de trabajos legales.

Cuando Hunt preguntó a Ordo por qué no habían tomado un formulario corriente y se habían limitado a rellenar los espacios en blanco, el gigante le replicó que la chica ya lo llevaba redactado.

La chica se llamaba Rebeca Lazaga y era muy hermosa.

Todavía la recordaba la primera vez que la vio en la antesala del puente, cuando Ordo se la presentó al mismo tiempo que al señor Lazaga, un hombre que frisaría el medio siglo, de aspecto saludable y alegre, aunque algunas veces pareciera taciturno y sumido en mil pensamientos.

Rebeca poseía una belleza turbadora y al caminar su cuerpo se cimbreaba voluptuosamente. Su larga cabellera rubia la llevaba recogida con un aro de metal rutilante.

Solo la había visto dos veces desde que partieron de Altear y Hunt pensó que le gustaría verla sonreír. Rebeca mostraba tristeza en sus grandes ojos azules y cuando le habló escuetamente parecía querer rehuir su mirada.

En la bodega del «Polifemo» transportaban unos bultos grandes que Ordo ya había embarcado cuando él se presentó en el astropuerto. Había preguntado al señor Lazaga por el contenido y este le replicó que en su debido momento sabría de lo que se trataba. Entonces Hunt se molestó un poco y se refirió a las normas de navegación, las cuales permiten al capitán de un carguero a conocer la índole de lo que alojen en las bodegas.

El señor Lazaga le dirigió una mirada pequeña y replicó que el contrato suscrito por él con la Transtars no le obligaba a manifestar el contenido de los contenedores.

A partir de ahí Hunt empezó a repasar con detenimiento el contrato que su socio había firmado. Tal como había dicho el señor Lazaga, ellos, él y su hija, no tenían que declarar lo que habían embarcado en Altear. La Transtars debía llevarlos al lugar donde los contratantes solicitasen.

Hunt soltó un resoplido y salió del camarote. Por el pasillo, con el contrato bajo el brazo, encendió un cigarrillo y fumó lentamente hasta que llegó al comedor. Del automático sacó una taza de café y un bocadillo.

Debió un sorbo e iba a dar el primer bocado cuando Rebeca entró. Le miró un instante y luego retrocedió un paso, disculpándose:

—Oh, lo siento. No sabía que usted estuviese aquí...

Hunt soltó el bocadillo y le dijo, mordaz:

—Vamos, siéntese. El contrato especifica que la Trans-tars está obligada a darle de comer a usted todo cuanto quiera mientras estemos a su servicio, señorita Lazaga —y empujó por encima de la mesa los papeles.

—Muy irónico por su parte, capitán —dijo Rebeca sirviéndose un zumo de frutas. Con el vaso en la mano se sentó al otro lado de la mesa, frente a Hunt.

—¿Le resulta mi compañero más amable que yo? —preguntó con la boca llena, masticando rápidamente.

—Al menos no es hiriente en sus apreciaciones —replió ella.

—Soy sincero. Yo no habría aceptado este trabajo.

—¿Hubiera pedido más dinero?

—No me entiende. Me gusta trabajar en asuntos claros. Y este me parece muy oscuro.

—Algunos inconvenientes ha de tener cuando le pagamos tanto, ¿no?

—Aún no he visto el dinero en mis manos...

—Pero sabe que está seguro. Primero al señor Ordo y luego a usted, les hemos mostrado los avales bancarios. En Altear disponemos de dinero para pagarle con creces sus servicios.

—Dígame adónde vamos.

—Lo sabrá pronto, capitán —sonrió Rebeca.

—¿Lo ve? Me desagradan los misterios. ¿Acaso han descubierto un tesoro, un filón de uranio o uteritita?

—No somos buscadores de tesoros ni de yacimientos raros.

—¿Qué son entonces?

—Científicos.

—Ya. ¿Qué nueva estrella han descubierto? ¿Acaso creen que la galaxia saltara en pedazos de un momento a otro y quieren huir lejos?

—No sea catastrófico, señor Logan. Le repito que cuando dejemos de navegar por el hiperespacio mi padre y yo le plantaremos cuál será el siguiente salto y nuestro destino definitivo.

—Le adelanto que si en sus sugerencias encuentro algo que no me complazca no seguiremos adelante.

Rebeca soltó el vaso sobre la mesa y parte de su líquido espeso se derramó. Miró con sequedad a Hunt.

—Usted hará lo que le digamos o...

—Termine, señorita. ¿Qué pasará si nos negamos mi compañero y yo?

—El contrato suscrito está registrado en Altear. ¿Ignora que deberán indemnizarnos tanto que tendrán que vender hasta el último tornillo y mesa de su compañía y que incluso así nos seguirán debiendo dinero?

—Pero...

—Vamos, cierre la boca y abandone esa cara de asombro. ¿Por qué se asombra? ¿No dice que ha leído varias veces el contrato? Pues en el apartado final dice muy claramente que cualquier incumplimiento por su parte les obligará a pagarnos el Quíntuplo de todos los haberes que cobrarían en caso de llevarlo a feliz cumplimiento... siempre contando con la aprobación, por supuesto de mi padre y mía.

Y Rebeca se levantó dejando a Hunt sentado, lleno de rabia y sintiendo que la sangre le hervía.

CAPÍTULO II

Una nave carguero del tipo del «Polifemo» estaba lo suficientemente automatizada como para que un solo hombre pudiera dirigirla a cualquier lugar de la galaxia con poco esfuerzo. Solo era preciso acudir al puente de mando cada cierto período de tiempo y verificar los registros y pulsar el computador para que este emitiese el consabido informe de conformidad.

Pero cuando se está a punto de salir del hiperespacio la presencia humana no solo es recomendable, sino casi imprescindible. El computador ha finalizado su función y se relega a un discreto rincón, esperando que el navegante le inserte nuevas órdenes en forma de placas de titanio.

El «Polifemo» entró en el espacio normal y en la pantalla delante de Hunt aparecieron las estrellas. A continuación, de la ranura saltó la placa que hasta entonces había estado usando el computador para la navegación a través del nunca bien conocido hiperespacio, viajando a muchas veces la velocidad de la luz.

Hunt se encontraba presente, sentado en el gran sillón que se deslizaba delante de las consolas de controles. Recogió la placa codificada y la sostuvo delante de sus ojos. Era la misma que dos días antes Rebeca Lazaga le había entregado. Allí estaba la ruta que hasta entonces había seguido. Podía saber fácilmente donde estaban, pero eso no era lo más importante. La cuestión era conocer cuanto antes hacia dónde iban a dar el próximo salto.

La placa de ruta estaba elaborada en Altear. Leyó las minúsculas letras situadas al pie, pertenecientes a una com-

pañía de regulación de navegación. Cualquiera podía alquilar un codificador y confeccionar una placa con la ruta deseada.

Escuchó pasos a su espalda, producidos por pies pequeños. Sabía que era Rebeca. Era la primera en llegar. Alzó la placa por encima de su cabeza, agitándola. Sin volverse, preguntó:

—¿Usted hizo esta codificación?

—Sí —respondió Rebeca situándose al lado de Hunt. De reojo él vio que ella llevaba otra placa entre sus manos.

—Ha llegado el momento —suspiró Hunt tendiendo la mano.

Ella le entregó la nueva placa.

Mientras entraban en el puente Ordo y Jonas Lazaga, Hunt insertó la placa en el lector de navegación. Del techo descendió una gran pantalla brillante. Durante unos segundos Hunt estuvo siguiendo con la mirada el punto rojo que se deslizaba entre la reproducción estelar.

El punto rojo se perdió cuando estaba exactamente en el centro de la pantalla. Hunt frunció el ceño.

—Eso solo puede ocurrir... —empezó diciendo cada vez más alarmado. Giró su asiento y se quedó observando a Rebeca—. ¿Sabe por qué se ha esfumado nuestra réplica de ruta si inserto su nueva placa en el computador?

—Claro, señor Logan. Es un punto negro. Está a tres años luz de aquí en dirección al borde situado en el sector NN-598.

Ordo se acercó a la pantalla y se quedó mirando la reproducción. Hunt se levantó del sillón y preguntó al señor Lazaga:

—¿Sabe que aún conocemos muy poco de lo que sucede cuando una nave se coloca dentro de un punto negro a velocidad superlumínica?

—Desde luego, capitán Logan —asintió el hombre, impávido—. Pero nosotros sí tenemos experiencia en ese tipo de navegación.

—¿Nosotros? ¿Quiénes tienen experiencia?

—Mi hija y yo hemos penetrado en tales circunstancias en un punto negro y... hemos regresado de ahí perfectamente.

—No he oído nada parecido, ningún anuncio en ninguna parte. ¡Y un hecho de tal envergadura debería haber sido notificado al Consejo Regulador del Espacio! ¿Por qué no lo hicieron?

—Porque aún no era el momento.

—Hunt, creo que tenías razón cuando me dijiste que esta gente se disponen a hacer algo... digamos no muy limpio —intervino Ordo.

—¡Bah! —exclamó Jonas—. No hay nada ilegal en nuestra actitud, señores —se colocó delante del computador, señalándolo. Miró a Hunt—. Ahora, capitán, si es tan amable inserte la nueva placa.

—No lo haré mientras no nos den una explicación completa.

—No tenemos ninguna obligación —dijo, con altanería, Rebeca—. Ustedes están obligados a obedecernos.

—El contrato no habla de viajar por un agujero negro —estalló Hunt.

—Si tiene buena memoria recordará que ustedes están obligados a ir a donde nosotros queramos, siempre que les demos que no existe peligro, hecho que quedará demostrado al seguir a su lado.

—Muy sagaz.

—¿Qué quiere decir esa mujer, Hunt? —preguntó Ordo.

—Muy sencillo. Que estamos obligados a ir a donde ellos digan siempre que no abandonen la nave. Su presencia indica que no existe peligro en la ruta que ellos dicten.

—Ese tipo —dijo Ordo señalando a Jonas— es muy listo. Un contrato maquiavélico, ¿no?

—Lo redacté yo —aclaró Rebeca.

Hunt soltó una maldición entre dientes y se acercó al computador.

—Lo suponía —dijo acercando a la ranura la placa. Entonces la sostuvo entre las dos manos e hizo una ligera presión en el metal—. Pero si yo la rompo no servirá y tendremos que regresar, ¿no?

La sonrisa de Hunt, que empezaba a ser divertida, se esfumó cuando Rebeca, sin perder la calma, dijo:

—Tengo otra copia, señor Logan. Escuche, no perdamos más el tiempo. Mi padre y yo les prometemos que nada nos ocurrirá. Estamos seguros porque nosotros ya estuvimos en ese agujero negro una vez y podemos decir que existe mucha leyenda acerca de ellos.

—¿Qué hay al otro lado?

—Un lugar de la galaxia, perfectamente localizable, pero situado a 200 millones de años luz. Como verá es un viaje muy largo para hacerlo incluso por el hiperespacio. Viajando a superluminosidad por un agujero negro, por ese en concreto, estaremos en nuestro destino apenas transcurridos tres días.

—Eso es imposible. No puedo creerlo.

—Solo puede convencerse insertando la placa, señor Logan.

—No tengo miedo, si es lo que piensa. Pero me gusta saber lo que se pondrá delante de mí.

Jonas Lazaga llamó la atención de Hunt con una ligera tos y dijo:

—Capitán, le prometo que cuando estemos en camino de nuestro destino definitivo le pondremos al corriente de nuestras pretensiones, las cuales no pueden estar más justificadas y, por supuesto, llenas de legalidad.

—Me gustaría creerle —replicó Hunt metiendo en la ranura, muy despacio, la placa. Escuchó que Rebeca suspiraba levemente y entonces pensó que ella se había tirado un farol al decir que disponía de otra copia de la placa. Pero ya el computador estaba actuando y dentro de pocos instantes se dirigirían hacia el misterioso agujero negro.

—Debe empezar a confiar en nosotros —dijo Rebeca. Parecía muy aliviada, más tranquila—. No se arrepentirá. Gracias, capitán.

—No me las dé. En realidad usted me obligó. Y apostaría un millón de créditos que no disponía de una copia de esa maldita placa.

—Es cierto, no la tenía. Pero creí morir cuando le vi la intención de destruirla. Ya sabe cuán frágiles son...

—¿Por qué desea tanto ir al otro lado del agujero negro? ¿Qué hay allí?

—Un planeta que nosotros bautizamos Ruskana. Gira alrededor de un sol rojo muy viejo Pero el mundo aún es hermoso, casi una copia de nuestra vieja Tierra. Le gustará.

—Eso lo veremos. ¿Qué hay allí?

—Tenemos una cita en Ruskana, señor.

—¿Una cita?

—Sí. Nos esperan.

—¿Quiénes les esperan?

—Tres hombres. Y uno de ellos es mi marido —dijo Rebeca.

Y Hunt sintió deseos de detener el proceso ya iniciado por el computador, pero en aquel momento se oscurecieron de nuevo las estrellas reflejadas en las pantallas.

Estaban entrando en el hiperespacio.

* * *

—¿Reconoces este lugar? —inquirió Ordo.

—Sí. El mapa galáctico no ha tenido ningún inconveniente en establecer el lugar donde nos hallamos. Creo que el hombre aún habría tardado muchos años en llegar aquí por medios convencionales.

—Doscientos millones de años luz es como para marear a alguien —silbó Ordo.

Hunt asintió. Miraba con fijeza al gran sol rojo.

—Detrás nuestro ha quedado el agujero negro —se volvió para estudiar el gesto de su amigo al decirle—: Casi tres días navegando a través de algo aún desconocido, que no ha tenido una explicación creíble es algo inquietante, Ordo. ¿Cuánto mide este espacio negro? No lo sé. Es posible que no exceda de un largo de un par de años luz, o tal vez menos. Cruzarlo inmerso en el hiperespacio impide que los medidores convencionales efectúen un trabajo limpio.

—¿Cómo se llama esa estrella? —preguntó Ordo señalando la roja hoguera distante a unos trescientos millones de kilómetros de su situación.

—No lo sé. Me recuerda a Betelgeuse por su grandeza. Es un astro viejo. Quizá dentro de algunos millones de años se convierta en nova.

—Pero el planeta tiene un nombre: Ruskana. ¿Por qué Ruskana?

—Pregúntaselo a los Lazaga —Hunt se encogió de hombros—. Es el único planeta que circunda ese gigante. Lógicamente tendría que ser un mundo viejo también, pero, el viejo dice que es un planeta tipo Tierra. ¿Cómo es posible?

Ordo abrió la boca.

—Es verdad —dijo quedamente—. Cuando el Sol sea viejo y aumente de tamaño y su color se vuelva rojizo, Mercurio, Venus y la Tierra serán atraídos por la enorme masa solar. Los demás planetas del sistema serán viejos e inhabitables. No. Esto no tiene lógica.

—Pronto saldremos de dudas. No queda mucho tiempo. —Hunt actuó sobre los mandos y en una pantalla apareció una esfera de hermoso color azul, festoneada de blancos puros—. Ahí tienes a Ruskana. Es todo lo que podemos aumentar su imagen con el telescopio. Un bello planeta, ¿verdad?